

4. La impronta de los Médici

La vida y la obra de Maquiavelo están estrechamente ligadas a la acción política que ejerció la familia Médici en Florencia. Omnipresentes en la historia de esta ciudad, los Médici la gobernaron durante casi tres siglos, desde 1434 hasta 1737, periodo en el cual su dominio solo se vio interrumpido por dos breves interludios republicanos, el primero entre 1494 y 1512 y el segundo entre 1527 y 1530.

La primera de esas interrupciones fue la más significativa para Maquiavelo, ya que fue cuando sirvió al gobierno republicano, pues se incorporó como secretario de la segunda cancillería en 1498 y dejó el puesto en 1512, coincidiendo, o más bien determinado por el nuevo escenario político; la restauración de los Médici. Luego de esa fecha, y muy a su pesar, Maquiavelo no pudo nunca volver a ocupar un cargo relevante en el gobierno de la ciudad, aun cuando trató de hacerse grato a los Médici por medio de los más diversos recursos, uno de los cuales fue precisamente la composición de *El príncipe*. Este libro fue concebido para verter en él de la manera más clara y directa lo que Maquiavelo consideraba haber aprendido durante su experiencia política, con la intención y el fin explícitos de ponerlo al servicio de los Médici. Otra de sus obras fundamentales, la *Historia de Florencia*, fue escrita por encomienda directa de Julio de Médici, arzobispo de Florencia, a quien se la dedicó una vez que este ya había sido elegido papa y llevaba el nombre de Clemente VII.

Sin embargo, estas son apenas un par de circunstancias en las cuales las vidas de Maquiavelo y la familia Médici se entrecruzan pues, como se verá con más detalle en las páginas que siguen, la vinculación fue mucho más que anecdótica. Además, a pesar de que la vida de Maquiavelo estuvo influida en más de un sentido por la familia Médici, lo que resulta más importante para nosotros, y que motiva esta atención, es la acción polí-

tica de la familia en Florencia, pues al gobernar directa o indirectamente la ciudad durante este largo periodo, definió y modificó en buena medida la vida de la sociedad florentina. Como Florencia fue campo primario de observación y experimentación política de Maquiavelo, a partir de lo cual percibió, elaboró y confirmó muchas de las ideas que plasmaría en sus obras, vale la pena observar y analizar de cerca la vinculación del secretario florentino con esta dinastía.

CÓSIMO DE MÉDICI

Cósimo de Médici (1389-1464) fue propiamente el fundador de la dinastía. A su muerte, se inscribió en su lápida la leyenda “padre de la patria”. No fue en modo alguno el primer miembro prominente de la familia. Antes de él ya había destacado su padre, Giovanni de Médici, a quien se debió en buena medida la riqueza de la familia y la creación del banco Médici, que en su momento fue uno de los más importantes de Europa. Poco antes también había brillado otro Médici, Salvestro, una destacada figura en la escena pública florentina, en particular a raíz de la llamada revuelta de los *ciompi* de 1378, es decir, los trabajadores de la industria textil que se rebelaron para exigir mejores condiciones de vida y mayor participación en el gobierno de la ciudad, acontecimiento en el cual Salvestro se puso de su lado; del lado popular y en contra de los *magnati*, los grandes, lo cual trajo profundas implicaciones para el futuro familiar (Hale, 2004).

Este episodio es muy significativo, porque aunque existen algunas referencias documentales de la participación de los Médici en la vida política de la ciudad desde principios del siglo XIII, en esta ocasión se llegó a considerar a Salvestro “padre de la revolución”, y aunque no fue el individuo más influyente en el gobierno popular resultante (1378-1382), sí fue el principio de una intensa intervención de la familia en la vida política de la ciudad y de una estrecha asociación con el partido popular (Mollat y Wolff, 1976).

En esta época, los Médici apenas empezaban su desarrollo económico, por lo que con frecuencia se confrontaban con las familias más ricas de la ciudad, que formaban la oligarquía e imponían su voluntad e intereses al gobierno comunal. Dado que Florencia sufría todo el tiempo agitaciones causadas por diferentes convulsiones políticas y la oligarquía local había adoptado una posición güelfa o partidaria del papa, los Médici —o al menos Salvestro, que era su miembro más destacado—, se alinearon casi de manera natural en el bando contrario, los gibelinos, partidarios

rios del emperador, partición que también agrupaba de un lado al *popolo minuto*, es decir los sectores populares, y del otro al *popolo grasso*, los oligarcas (Brucker, 1957).¹

Desde entonces se construyó la asociación entre la familia Médici y el partido popular, aun cuando esta no sirviera más que para diferenciar a una facción oligárquica de la otra.

No obstante que ya la familia Médici había participado activamente en la escena pública de Florencia durante la primera mitad del siglo XIV, durante la segunda mitad, salvo esta destellante participación de Salvestro, tuvo una aparición más bien discreta. Más aún, en no pocos casos se vieron acosados, perseguidos y algunos de sus miembros fueron incluso expulsados de la ciudad.

Los problemas de los Médici no eran solo de índole política o económica, pues en esta etapa llenaban un historial de violencia y delitos del más diverso tipo. Incluso existe el registro de que entre 1343 y 1360 cinco Médici fueron condenados por asesinato, un récord poco envidiable aun para una época tan violenta y al que no se asemejaba el de ninguna otra familia.

En las últimas dos décadas del siglo XIV los Médici persistieron en su conducta violenta, al grado de que en 1400 una buena parte de la familia fue desterrada de la ciudad. En 1397 dos miembros de la familia fueron ejecutados por participar en una conspiración contra el jefe de la oligarquía y del gobierno de la ciudad, Maso de Albizzi, lo que prelude la confrontación que estallaría en la década de 1430 entre los Médici y los Albizzi, de la cual saldrían entonces vencedores los primeros, dando origen a su larga hegemonía en la ciudad (Hibbert, 1979).

Aun cuando la actuación más destacada en la arena política a fines del siglo XIV fue la de Salvestro, en el terreno económico quien más logros acumuló fue Giovanni de Médici. Poco antes que él, su hermano Francesco ya se había inscrito en el Arte del Cambio, el gremio de los banqueros, y Giovanni, que ya pertenecía al Arte de la Lana, el gremio textil, siguió los pasos de su hermano y en 1386 se inscribió también en esa otra agrupación. Ese fue el origen del banco Médici, el cual pronto se desarrollaría hasta convertirse en uno de los más importantes de Europa (Roover, 1946a, 1946b).

¹ Aunque tradicionalmente se ha identificado a los güelfos como partidarios del papa y a los gibelinos como partidarios del emperador, en realidad esta división y polarización englobaba o encubría otras pugnas y polarizaciones al interior de las ciudades italianas de la época, por lo que la contraposición resultaba más funcional que ideológica (Balestracci, 2017: 14-24).

A pesar de que ya para finales del siglo xiv el banco Médici había experimentado un crecimiento importante, su mayor desarrollo se produjo a principios del siglo xv, específicamente a partir de 1410, cuando se convirtió en papa el cardenal Baldassare Cossa, amigo muy cercano de Giovanni de Médici. Debido a esa amistad, Juan XXIII, el nombre que como papa adoptó el cardenal Cossa, eligió a los Médici como banqueros del papado, lo cual significó el mayor impulso que hasta ese momento hubiera recibido el banco (Holmes, 1968).

La relación de Juan XXIII con Giovanni de Médici iba más allá de la amistad. Baldassare le debía a Giovanni haberle financiado los diez mil ducados con los que adquirió el cardenalato en 1400, una forma muy común usada entonces por los prelados para adquirir la púrpura y por los papas para obtener dinero, costumbre que adquirió tintes de escándalo durante el Renacimiento y la Reforma. Además, una vez que Juan XXIII fue depuesto por el Concilio de Constanza y hecho prisionero en 1419, Giovanni fue quien gestionó lo necesario para liberarlo y protegerlo una vez que salió libre.

Giovanni murió en 1429 y el liderazgo de la familia pasó a su hijo Cósimo, quien de inmediato entró en conflicto con Reinaldo de Albizzi, quien a su vez desde 1417 había reemplazado a su padre, Maso de Albizzi, y reeditaron la confrontación que se había producido entre las dos familias desde finales del siglo anterior. Cada familia conservaba la alineación de la conflagración anterior: los Albizzi del lado oligárquico y los Médici del popular, aunque estos contaban con una extensa red de relaciones sociales con familias de reconocido prestigio en la ciudad (Kent, 1978).

En 1429 Reinaldo de Albizzi promovió una guerra contra la ciudad vecina, Lucca, con la promesa de un éxito rápido y fácil, lo cual era en sí una parte sustancial de la justificación de la guerra, ya que la ciudad se encontraba agobiada y exhausta debido a los recientes esfuerzos bélicos que se habían realizado desde principios del siglo contra Nápoles y en la década de 1420 contra Milán, con la cual apenas un año antes había llegado a un acuerdo.

El choque decisivo entre ambos personajes ocurrió en 1433 cuando Reinaldo aprovechó una ausencia de Cósimo para montarle un proceso culpándolo de traición y tratando de obtener su ejecución. Aunque no pudo conseguir que fuera ejecutado, sí logró que junto con otros familiares fuera desterrado de la ciudad, por lo que Cósimo tuvo que marcharse

a Padua. Apenas un año después de la expulsión de Cósimo se designó en Florencia un gobierno totalmente afín a él que no solo le permitió volver a la ciudad, sino que procedió ahora a la expulsión de Reinaldo de Albizzi y muchos otros miembros del partido oligárquico, incluido el mismo Palla Strozzi, el patriarca de la familia más rica (Goldthwhite, 1968).

Fue así como se inició, en 1434, la hegemonía de la familia Médici en Florencia, una supremacía que se extendería durante tres siglos e instituida por Cósimo, quien basó su predominio en cinco factores determinantes: 1) su propia personalidad, ya que fue reconocido como un hombre prudente, equilibrado y sobrio, una opinión compartida por historiadores tan prestigiosos como Guicciardini y el propio Maquiavelo (Bisticci, 1963; Macfarland, 1999; Gilbert, 1984). 2) La construcción de un sofisticado sistema electoral que sustituyó al basado en el sorteo, típico de la era democrática. El nuevo sistema reducía sustancialmente la función del sorteo en la designación de los principales magistrados y otorgaba *de facto* a Cósimo la posibilidad de controlar a los designados (Rubinstein, 1968, 1977). 3) La institución de un mecenazgo amplio y generoso que convirtió a Florencia en el centro del humanismo y el arte renacentista, por el que Cósimo se ganó un gran prestigio entre pensadores y artistas (Antal, 1987; Brown, 1961; Jurdjevic, 1999). 4) Una estrategia de acoso y opresión de sus enemigos para la que se valió de los más diversos recursos, sobre todo de la imposición de impuestos abrumadores y desproporcionados (Brucker, 1983b). 5) Una hábil estrategia diplomática, que estableció entre otras cosas una fructífera alianza con el papado y Milán (Braudel, 1986).

Esta fue la obra que realizó Cósimo y estos los cimientos en los que se basó la primera etapa del dominio de los Médici. Maquiavelo conocía muy bien este episodio y lo tenía muy presente cuando expresó sus opiniones políticas, sin embargo, podría surgir la interrogante de por qué no se refirió a nada de eso en *El príncipe*. Esto puede tener una explicación lógica y verosímil: *El príncipe* está concebido para tratar de instruir a los Médici y agradecerlos, por lo cual es plenamente comprensible que Maquiavelo no aluda a muchos pasajes de la historia de Florencia en los cuales el papel de la familia queda en entredicho o es abiertamente reprochable.²

² La opinión de Maquiavelo sobre los Médici era abiertamente negativa, sin embargo, siempre estuvo sinceramente dispuesto a servirlos y colaborar con ellos, por lo que la interpretación de Dietz en el sentido de que *El príncipe* trataba de aconsejar malamente a los Médici para provocar que perdieran el Estado y propiciar así un gobierno republicano carece de fundamento (Dietz, 1986).

No obstante, esa discreción que se impuso en *El príncipe* está ausente en muchos otros de sus escritos, en donde su opinión sobre esta familia es bastante crítica y, en ocasiones, demoledora. Para comprobarlo basta recuperar un pasaje de un breve escrito de 1504, el *Primer decenal*, en el que Maquiavelo expresa en verso un resumen de los diez años previos de la historia de Florencia, y dice “aquel yugo que por sesenta años os había abrumado”, en clara alusión a la primera etapa del gobierno de los Médici que va de 1434 a 1494 (Maquiavelo, 2002: 210). En los *Discursos* es todavía más incisivo, pues menciona que “los que gobernaron el Estado de Florencia desde 1434 hasta 1464 [...] llamaban renovar el gobierno a llenar de terror y de miedo a los hombres que colocaban en él, castigando a los que lo habían desempeñado anteriormente si, a su parecer y según aquel régimen, habían obrado mal” (Maquiavelo, 2005: 308). Estas dos referencias no dejan duda acerca de la opinión de Maquiavelo sobre el régimen de los Médici.

Apuntala esta opinión el que ahí mismo Maquiavelo se refiera a Cósimo como “príncipe de la república”, lo cual no solo abona en el mismo sentido, sino que, además, al fundir el concepto de príncipe y república, plantea una compleja cuestión en torno a la clasificación de las formas de gobierno, sobre todo a la tajante separación que Maquiavelo había establecido entre el principado y la república (Najemy, 1982).

Ya se ha mencionado que Maquiavelo ocupa un lugar fulgurante en la historia del pensamiento político por muchas razones, entre las cuales destacan su método de análisis, basado esencialmente en el análisis histórico y en la observación empírica. Ambas características se aprecian con claridad desde el primer capítulo de *El príncipe*, el cual es en sí mismo una joya del pensamiento político, pues en las escasas diez líneas de que consta, se aprecian los dos rasgos mencionados. Además, el capítulo es paradigmático por exhibir su característico método de análisis binario, que emplearía en la mayor parte de sus obras y que se convirtió en distintivo de su pensamiento, y por introducir el concepto de *Estado*, de gran relevancia en la ciencia política moderna y cuyas variadas significaciones han dado pie a una intensa y compleja polémica (Skinner, 2003; Chabod, 1990; Hexter, 1956a).

Así pues, en ese capítulo se plantea enfáticamente que el principado y la república son dos formas de gobierno distintas y excluyentes. Más aún, la separación que se establece parece tan clara que inmediatamente después, en la primera línea del segundo capítulo, expresa que en ese libro solo se ocupará de los principados, ya que de las repúblicas se ha ocupa-

do en otro sitio, sin lugar a dudas en los *Discursos*. Y a partir de entonces, con base en su propia declaración, la historia del pensamiento político ha aceptado sin mayores consideraciones esta diferenciación, tomando como absolutamente válido algo que requiere una seria revisión.

Así, es necesario observar que, en efecto, *El príncipe* es un libro que se ocupa exclusivamente de los principados, mientras que los *Discursos* se ocupan de las repúblicas, tal como lo expresó el propio Maquiavelo. Pero lo que Maquiavelo no hizo explícito y sus críticos no han tomado mucho en cuenta, es que los *Discursos* no solo se ocupan de las repúblicas; ciertamente, son su objeto esencial, pero también se ocupan en buena medida de los principados, como ya se analizó en el capítulo anterior. Los *Discursos* se ocupan de manera prioritaria de las repúblicas y marginalmente de los principados, pero lo más importante es que ahí principado y república no aparecen como dos formas de gobierno completamente distintas e incompatibles, sino como dos extremos de una línea continua que describe la relevancia y protagonismo de los ciudadanos en un Estado; así, en un extremo se encuentran los principados, es decir, cuando un solo individuo destaca y controla los destinos políticos de un Estado, y en el otro extremo se ubican las repúblicas, cuando no es un ciudadano sino varios, o muchos, los que de manera conjunta llevan la carga y el privilegio de conducir políticamente al Estado.

No obstante esta línea continua en la que se ubican los principados y las repúblicas, que presenta las transformaciones y cambios de régimen como algo no necesariamente traumático y abrupto, Maquiavelo consideraba muy importante diferenciar una forma de gobierno de la otra, lo cual no deja de sugerir una notable paradoja.

Tal distinción se confirma en un escrito muy breve de 1520 al que tal vez tampoco se le ha dado toda la atención que merece, pero que resulta fundamental para interpretar el pensamiento de Maquiavelo. En este *Discurso sobre la situación de Florencia tras la muerte de Lorenzo de Médici*, el joven Maquiavelo plantea que uno de los principales problemas de Florencia es que nunca ha sido ni un verdadero principado ni una república verdadera, lo cual ha sumido en la inestabilidad política a la ciudad, condenándola a una permanente mudanza de gobiernos. Maquiavelo repite aquí la calificación que había hecho del gobierno de Cósimo, al decir de este que tendía más al principado que a la república, y si acaso alcanzó alguna estabilidad fue gracias a la prudencia que tanto él como su nieto Lorenzo tuvieron en el gobierno de la ciudad.

Este *Discurso*, que es tanto un diagnóstico como un proyecto de reforma política para Florencia, resulta revelador si se vincula con el primer capítulo de *El príncipe*. Este libro siempre se ha considerado el más claro ejemplo de *realismo político*; un ejercicio de análisis empírico implacable en busca de lo que Maquiavelo llamaba la *verdad efectiva* de las cosas, basado en un método de análisis histórico y pragmático que no ha dejado espacio alguno al juicio moral y a la prescripción teórica. Sin embargo, nos encontramos con que en los *Discursos* Maquiavelo llamó a Cósimo “príncipe de la república”, lo cual plantea un problema teórico a resolver, pues en el *Discurso sobre los asuntos de Florencia...*, refiriéndose precisamente a esta ciudad, su patria y principal campo de observación política, Maquiavelo afirma que su problema fundamental era que nunca había sido completamente un principado ni completamente una república, lo cual parece producir un cortocircuito al cotejarlo con las famosas primeras dos líneas de *El príncipe*: “Todos los Estados, todos los dominios que han tenido y tienen soberanía sobre los hombres, han sido y son repúblicas o principados” (Maquiavelo, 2010: 47).

Tal planteamiento nos deja dos opciones: o bien Maquiavelo estaba equivocado y no todos los Estados que existen y han existido son repúblicas o principados, o bien *El príncipe* no es solo un texto de análisis empírico e histórico, sino que también tiene algo de juicio personal y prescripción teórica. A la luz de lo que expone Maquiavelo en este *Discurso* y en los *Discursos* parece más pertinente inclinarse por esta segunda opción, es decir, que lo que hacía Maquiavelo en el primer capítulo de *El príncipe* era describir cómo todos los Estados que existen y han existido han sido y son repúblicas o principados, o que debían serlo; que debían ajustarse plenamente a una de estas dos formas de gobierno (Bobbio, 1992: 64-68).

Como se dijo, en este *Discurso* Maquiavelo plantea que la razón de la inestabilidad política de Florencia es que nunca ha tenido una forma de gobierno bien definida; no ha sido ni una verdadera república ni un verdadero principado. Para Maquiavelo, el que Florencia siempre hubiera estado entre una forma de gobierno y otra la había privado de la estabilidad que ofrece cada una, pues de acuerdo con su exposición, tanto una forma como otra tienen sus propias estructuras de apoyo y cierto esquema funcional, lo cual les permite permanecer y autorreproducirse. Entonces, para resolver los problemas de inestabilidad de Florencia, y se entiende que en general de todos los Estados, la solución es que se adopte una forma

de gobierno definida, que se constituya clara y definidamente una república o un principado. Se entiende así que entonces cuando Maquiavelo llamaba a Cósimo “príncipe de la república” iba implícita una fuerte crítica en este sentido, pues Cósimo corrompía a la república al querer sobreponerse ilegítimamente a sus conciudadanos. Claro, de acuerdo con el esquema de Maquiavelo, también Cósimo podía haber fundado y establecido de manera efectiva un principado y no quedarse solo a medias, pero su teoría también contempla factores sociales, y consideraba que los principados eran gobiernos más adecuados para sociedades muy desiguales y las repúblicas, gobiernos aptos para las sociedades más ricas e igualitarias, por lo que siendo Florencia una sociedad de este tipo, el gobierno que mejor le iba era el de la república, con lo que queda confirmado el juicio crítico sobre Cósimo y su acción corruptora sobre la república.

Sin embargo, la cuestión no se zanja aquí, pues si la mejor constitución política de un Estado es adoptar clara y nítidamente una de estas dos formas de gobierno y evitar las posiciones intermedias, ¿cómo introducir y conciliar la afirmación que Maquiavelo hace en los *Discursos* pronunciándose por los gobiernos mixtos? (Maquiavelo, 2005: 33–39).

Tratar a los gobiernos mixtos como una tercera especie no parece lo más prudente. En todo caso, sería mejor apreciar en su conjunto la obra de Maquiavelo para determinar que era un partidario abierto de los gobiernos republicanos cuando eran factibles, pero también podía aceptar y preferir los principados cuando las condiciones políticas y sociales del Estado lo requirieran. Así, lo que no admitía era la indefinición entre una forma de gobierno y otra, consideraba que no definir claramente la constitución de un Estado le impedía disfrutar de las ventajas y recursos que ofrecen tanto una como la otra; para decirlo concretamente, indefinición política no es lo mismo que gobierno mixto (Lefort, 2010: 287, 315).

En este sentido, su preferencia por la república también se determina por considerar que desde esta es mucho más factible construir un gobierno mixto. Sin embargo, su republicanismo no era una declaración incondicional a favor del pueblo, sino que su idea de una república bien ordenada implicaba satisfacer los *humores* —como se decía entonces— de los distintos componentes de una sociedad: los muchos, los pocos y el príncipe, es decir, un gobierno mixto. De ahí que no estuviera a favor de una república principesca, como la de Cósimo, o de una república oligárquica, como la de Reinaldo de Albizzi, o de una república democrática, como la de los *ciompi*, sino de una república bien ordenada, mixta.

Y es precisamente en lo referente al orden de las repúblicas en donde Maquiavelo formula una de las críticas más duras al régimen impuesto por Cósimo. Cuando en la *Historia de Florencia* trata el problema de las divisiones de las repúblicas y acepta como inevitable que en una república haya pugnas y rupturas, plantea que hay unas divisiones que son muy dañinas mientras que otras son llevaderas. Así, las dañinas son las que producen facciones, las cuales se forman cuando algún o algunos individuos adquieren prestigio entre sus conciudadanos por medios privados, es decir, mediante favores personales, dádivas, obsequios. De esta manera atraen a su alrededor a un conjunto de ciudadanos que los admiran y les guardan lealtad por los bienes recibidos, por el bien particular que han fomentado; por el contrario, hay ciudadanos que adquieren prestigio por medios públicos, es decir, por servicios prestados a la república, ya sea en la guerra o en el servicio público, y son los ciudadanos más dignos de encomio porque no generan facciones y actúan para fomentar el bien común, no el bien particular de ningún grupo.

Una vez planteada esta premisa teórica, Maquiavelo describe cómo Cósimo, en su lucha contra Neri Capponi, se atrajo prestigio y reconocimiento valiéndose tanto de medios públicos como privados, en tanto que este lo hacía solo a través de los medios públicos, conducta encomiable, que contrastaba con la de Cósimo, perniciosa para la vida republicana. Aun cuando unas cuantas páginas después Maquiavelo escribiera una profusa apología de Cósimo, su reprobación de los medios de que se valió para hacerse del poder en Florencia es implacable (Maquiavelo, 2009: 351-354, 357-362).

De la misma manera que Maquiavelo reprueba los medios que usó Cósimo para llegar y asegurarse el poder en Florencia, reprueba también la subversión del orden civil que provocó su régimen. Uno de los conceptos centrales del vocabulario político de Maquiavelo es el de orden político, por lo cual se refería con frecuencia a los Estados bien ordenados o a las repúblicas bien ordenadas. Este concepto de orden político se deriva del humanismo renacentista del cual Maquiavelo es la figura emblemática que ya se ha descrito, pues con este lo que quería hacer notar es que la política es un arte, una actividad racional y consciente del ser humano por medio de la cual podía diseñar y crear las instituciones políticas y sociales de una sociedad, e incluso fomentar los valores que le dan vida (Burckhardt, 1984).

Desde su punto de vista, una de las premisas fundamentales de un Estado bien ordenado era la clara separación de la esfera pública y la pri-

vada, es decir, que los individuos que desempeñaran una función pública ciñeran su conducta a esa actividad, inspirada esencialmente por la atención a los asuntos públicos y la búsqueda del bien común, en tanto los ciudadanos privados debían concentrarse en atender sus asuntos particulares, sin interferir en el ejercicio de la función pública. Por supuesto, esto no significaba de ninguna manera que los ciudadanos privados no tuvieran responsabilidades y participación en la vida política, pues Maquiavelo era partidario de un republicanismo activo y comprometido, que exigía de sus ciudadanos un gran compromiso con el Estado. Dando esto por sentado, lo que Maquiavelo señalaba al separar tan claramente las esferas pública y privada era que los ciudadanos de esta última no interfirieran de manera indebida o discrecional en la actividad pública y de gobierno.

Y esa era precisamente otra de las más duras críticas de Maquiavelo hacia Cósimo y el régimen de los Médici en general: saltar de la esfera privada para entrometerse indebidamente en el ámbito público. Es decir, para Maquiavelo, que un ciudadano privado, como Cósimo, ejerciera tácitamente funciones públicas, funciones de gobierno, derruía las bases más necesarias del orden político, conducta aviesa que continuaron tanto su hijo Piero como su nieto Lorenzo.

LORENZO DE MÉDICI

Aun cuando Cósimo de Médici se mantuvo en el poder durante un largo periodo, de 1434 a 1464, eso no significó de manera alguna que lo hiciera sin problemas ni sobresaltos. De hecho, entre 1454 y 1458 enfrentó una fuerte crisis de gobierno, iniciada y fomentada por destacados miembros de la oligarquía florentina, como Luca Pitti, Agnolo Acciaiuoli y Diotisalvi Neroni, quienes habían contribuido al encumbramiento de Cósimo, pero que comenzaban a ver con recelo la enorme concentración de poder que lograba. El principal objetivo del ataque fue el sistema electoral que Cósimo había establecido, por lo que no tuvo más remedio que restablecer el sistema previo a 1434. Sin embargo, la crisis se resolvió en 1458, cuando siendo gonfaloniero Luca Pitti, pactó con Cósimo el restablecimiento de su régimen, no sin asegurarse una mayor influencia, la cual conservó durante algunos años (Schevill, 1961).

A la muerte de Cósimo en 1464, le sucedió en el poder su hijo Piero, pero su gobierno apenas duró cinco años, pues siempre tuvo una salud bastante endeble, aquejado sobre todo de gota, lo cual dio motivo al sobrenombre con que pasó a la posteridad, *Piero el gotoso*. Piero heredó

la riqueza de la familia y, sobre todo, la enorme influencia política de su padre, sin embargo, apenas un par de años después de haber asumido el poder, enfrentó también una crisis política producida por la oligarquía florentina. Con gran energía pudo enfrentar a sus opositores, al grado de doblegar al mismo Luca Pitti, que se contaba entre ellos, pero su quebrantada salud no le permitió vivir mucho; en 1469 Florencia volvía a quedar sin gobernante.

De esta manera, la muerte de Piero parecía poner en serios aprietos la continuidad de la dinastía Médici, ya que le sobrevivían como herederos solo dos jóvenes varones de la familia, Lorenzo y Giuliano. Sin embargo, los *magnati* de la ciudad decidieron apostar por la continuidad, jurando lealtad y apoyo a Lorenzo, el joven heredero de Piero, quien demostró muy pronto ser un digno sucesor de su abuelo Cósimo, pues gracias a él durante la segunda mitad del siglo xv Florencia experimentó una firme estabilidad que llegaría hasta 1492, una estabilidad que contribuyó de manera decisiva a la que disfrutó la mayor parte de la península durante un periodo muy similar (Tenenti, 1968).

Es muy difícil leer el capítulo XVI de *El príncipe* denominado “De la liberalidad y parsimonia” y no asociarlo con la administración financiera de Florencia durante la primera etapa de los Médici, sobre todo con el periodo que correspondió a Lorenzo, aunque no haya en todo el texto ninguna alusión específica a su persona, lo cual se apega a la norma que al parecer Maquiavelo se impuso en todo el libro: no referirse al gobierno de los Médici.

En este capítulo se trata uno de los temas más sensibles y espinosos para los florentinos, que era el de los gastos del príncipe, sobre todo cuando se financiaban con los impuestos del Estado.

En Florencia el tema de los impuestos siempre había causado gran controversia e inconformidad debido a que no se había establecido nunca un sistema impositivo racional, estable y equitativo. La creación del *catasto* en 1427 pudo paliar en alguna medida el problema, ya que determinaba que las personas debían pagar un impuesto proporcional sobre sus bienes, en tanto que el sistema anterior se basaba en que un grupo de personas, designadas por la Señoría, imponía un impuesto a cada persona de acuerdo a la *estimación* de su fortuna, lo cual era completamente subjetivo y arbitrario. El nuevo sistema resultaba más lógico y racional que la arbitrariedad anterior, sin embargo, pronto perdió su efectividad, pues Cósimo lo supeditó a sus propios criterios políticos, ya que con mucha

frecuencia usó las cargas impositivas para oprimir o amedrentar a los disidentes y enemigos políticos.

Aun cuando la familia Médici adquirió renombre y prestigio por su actividad financiera desde principios del siglo xv, sobre todo de la mano de Giovanni, el padre de Cósimo, muy pronto el mismo Cósimo comenzó a realizar prácticas financieras poco saludables para el banco, consistentes sobre todo en un excesivo sobregiro, el cual persistió luego de su muerte, al grado de que su hijo Piero, que heredara tanto el banco como el control de Florencia, enfrentó serios problemas al querer corregir el desbalance, lo cual le valió incluso cierto desprestigio político. Ciertamente, esa magnanimidad de Cósimo fue la que propició que Florencia se convirtiera en la meca de artistas y humanistas, cuna del Renacimiento, en lo cual gastó sin duda una parte importante de la fortuna familiar. Sin embargo, si la gestión financiera de Cósimo fue deficiente, la de su nieto Lorenzo fue desastrosa. Muy pronto su incompetencia en los negocios se hizo del dominio público.

Lorenzo fue tan buen mecenas como su abuelo, algo que en general se le reconoce poco. Si Cósimo pudo gloriarse de haber adoptado, en todos los sentidos, a Marsilio Ficino, a quien Maquiavelo llamó el segundo padre de la filosofía griega, Lorenzo muy bien podía haberse jactado de atraer a Florencia a Pico della Mirandola, humanista encumbrado, además de embellecer la ciudad con la construcción de nuevos edificios, el remozamiento de los existentes y un vigoroso impulso a la Universidad de Pisa. Incluso él mismo destacó como un gran poeta y humanista, reconocido por el propio Maquiavelo, que cuando trata en los *Discursos* el tema de la relación entre las costumbres de los pueblos y las de sus gobernantes, usa un fragmento de un verso de Lorenzo para afirmar su idea de que los defectos o virtudes de los pueblos tienen origen en la conducta observada en sus gobernantes.³ Pero nada puede disimular que era un pésimo administrador, pues no solo gastó sus fondos privados, sino que además, cosa mucho más seria, gastó también los fondos del Estado.⁴

Como se dijo antes, es muy difícil leer el capítulo XVI de *El príncipe* y no asociarlo casi automáticamente con los Médici, sobre todo con Lo-

³ El fragmento que cita de Lorenzo dice “Lo que hace el señor lo imitan muchos, que hacia el señor se vuelven las miradas” (Maquiavelo, 2005: 401).

⁴ En su momento, Lorenzo no se libró de duras críticas, y si bien había quienes lo admiraban, otros, como Girolamo Savonarola, Francesco Guicciardini o Alamanno Rinuccini, lo calificaban de tirano (Guicciardini, 2006; Rinuccini, 2000).

renzo. En este texto Maquiavelo habla de la liberalidad de los príncipes, del nivel de gasto que deben asumir como gobernantes. En una época en la cual los fondos personales del príncipe y los fondos del Estado no estaban completa y claramente separados, la cuestión resultaba esencial. La recomendación general de Maquiavelo consiste en que más vale ser tenido por tacaño que por liberal, sobre todo si esa liberalidad se realiza a expensas de los súbditos. Es decir, lo que Maquiavelo recomienda aquí es llevar un sano equilibrio financiero, una virtud que no tenían los Médici como gobernantes, y mucho menos Lorenzo.

Así como es inevitable leer ese capítulo XVI y no asociarlo con los Médici, resulta difícil no hacer la misma conexión cuando se lee el capítulo XIX, en donde Maquiavelo se refiere a las conspiraciones. Aun cuando han perdido su sentido y efectividad en la época contemporánea, en la Europa renacentista la conspiración era un mecanismo ampliamente difundido y usado para hacerse con el poder del Estado. Los Médici, por ejemplo, estuvieron en la mira de muchas conspiraciones, aunque fueron dos las más importantes, la de los Pazzi en 1478 y la de Boscoli en 1512. La primera tuvo repercusiones muy relevantes tanto para los Médici como para la historia de Florencia, y aunque la segunda no fue tan importante para la historia de la ciudad, sí produjo muy serios efectos en la vida de Maquiavelo. A pesar de eso, Maquiavelo no se refiere específicamente a ninguna de estas conspiraciones en este capítulo, debido a la norma que se impuso, pero sí trata con amplitud la conspiración de los Pazzi en los *Discursos* III.6 y en la *Historia* VIII.1-12.

Como es bien sabido, uno de los mayores peligros que enfrentó el gobierno de Lorenzo en Florencia fue la conspiración de los Pazzi. Esta representó una amenaza tan seria debido en buena medida a que la emprendió nada menos que una de las familias más poderosas e influyentes de Florencia, los Pazzi, y contó con el beneplácito del mismo papa, Sixto IV.

Los Pazzi confiaron en el éxito de la conspiración debido a su influencia en la ciudad, el apoyo del papa y el cansancio en que creían que se encontraban los florentinos luego de cuarenta años de gobierno de los Médici. Sin embargo, no fue así, ya que si bien los conspiradores lograron asesinar a Giuliano, el hermano de Lorenzo, este no solo salvó la vida, sino que tuvo motivos para emprender una verdadera purga en la ciudad, pues el mismo día del atentado se realizaron casi cien ejecuciones, sin contar con las persecuciones posteriores (Martines, 2006b).

También hubo altos costos. Como la conspiración contaba con el beneplácito del papa, se hallaban involucrados su propio sobrino Girolamo Riario, señor de Imola y Forlì; Francesco Salviati, a quien el mismo papa había nombrado poco antes arzobispo de Pisa, y de manera indirecta Ferrante, rey de Nápoles, y Federico, el Duque de Urbino. Dado que el mismo día del atentado se ejecutó al arzobispo Salviati y uno de los conspiradores principales confesó toda la trama del complot y el involucramiento del papa y el rey de Nápoles, el desencadenamiento de la guerra contra Florencia fue inevitable e inmediato.

Dado que Sixto IV y el rey Ferrante se encargaron muy bien de difundir la idea de que no se trataba de una guerra contra Florencia sino solo contra los Médici, se creó una gran presión en torno a la persona de Lorenzo, el cual no contó siquiera con el apoyo de Venecia, que en ese momento estaba supuestamente aliada con Florencia, pues encontró pretextos para no intervenir.

Ante un panorama tan complejo, Lorenzo tomó una decisión muy arriesgada, casi temeraria. Decidió emprender un viaje a Nápoles y presentarse personalmente en la corte del rey para buscar un acuerdo y debilitar así la posición más beligerante del papa. En esta ocasión, la liberalidad de Lorenzo fue de la mayor utilidad, pues colmó a la corte napolitana de abundantes y generosos obsequios lo cual, junto con su arrojo y determinación, le valieron el aprecio y reconocimiento del mismo rey, que accedió así a llegar a un acuerdo que desactivó el conflicto.

A partir de entonces, como reconoce explícitamente Maquiavelo, se logró un sólido equilibrio gracias a que Lorenzo cimentó el eje Milán-Florencia-Nápoles, que en los siguientes años dio estabilidad política a la península. Cuando Lorenzo murió en 1492, no solo los florentinos sintieron su pérdida, sino muchos otros italianos, ya que no quedó nadie con habilidades diplomáticas similares que promoviera la estabilidad política ni contuviera al nuevo gobernante de Milán, Ludovico el Moro quien, con tal de asegurarse el control del Estado, invocó la presencia del ejército francés en territorio italiano, dando pie a una serie de intervenciones que marcaron una época en el país.

Maquiavelo no confiaba en las conspiraciones como método para acceder al poder, tal como lo expresó en el capítulo XIX de *El príncipe*; consideraba que representaban un enorme riesgo, seguramente porque tenía en mente conspiraciones fallidas, como la de los Pazzi. No obstante, recomendaba con gran énfasis que si acaso se fraguaba una conjura no

debía dejarse testimonio escrito alguno, muy probablemente porque fue un documento de este tipo el que indebidamente lo involucró en otra conspiración contra los Médici, la de Boscoli, que si bien no produjo repercusiones tan importantes para la ciudad, sí las tuvo, y muy serias, para la vida de Maquiavelo (véase el capítulo 3). Aunque eso ocurrió en 1512, cuando ya la jefatura de la familia Médici recaía en el papa León X.

LEÓN X Y CLEMENTE VII

Los Médici son de las pocas familias que en la época renacentista pudieron llevar a dos de sus miembros al pontificado, a Giovanni de Lorenzo de Médici (León X, 1512-1521) y a Giulio de Giuliano de Médici (Clemente VII, 1523-1534). Ambos fueron muy relevantes en la historia de la Iglesia católica y en la de Florencia, pero lo que es más importante para nosotros es que fueron determinantes en la vida y obra de Maquiavelo (Chamberlin, 1988).⁵

Como se dijo, el régimen de los Médici en Florencia se derrumbó estrepitosamente en 1494. Había durado sesenta años, durante los cuales se habían sucedido por línea paterna directa cuatro miembros: Cósimo (1434-1464), Piero *el gotoso* (1464-1469), Lorenzo (1469-1492) y Piero di Lorenzo (1492-1494). El gobierno de este último se vio interrumpido de manera abrupta no tanto por su frivolidad y soberbia como por la incursión en territorio italiano del rey francés Carlos VIII, que había sido convocado a Italia por el Duque de Milán, Ludovico el Moro, con el fin de que Francia se adueñara de Nápoles y dejara de ser un obstáculo para la consolidación de su propio poder en Milán.

Ante la incursión de los franceses en suelo italiano, la actitud de Florencia y de Piero fueron vacilantes. No fue sino cuando los franceses se presentaron casi en las puertas de la ciudad que Piero se animó a tomar una determinación: salir al encuentro de Carlos VIII para tratar de llegar a un acuerdo, sin embargo, no solo permitió el paso franco que el rey pedía en su camino hacia Nápoles, sino que no le puso prácticamente condición alguna, dándole unas facilidades que a todas luces parecían excesivas y humillantes.

Cuando Piero regresó a Florencia y anunció los términos de la negociación se produjo una gran indignación, la misma Señoría conside-

⁵ En etapas posteriores, otros dos miembros de la familia Médici alcanzaron el papado, Pío IV (1559-1565) y León XI (1605, quien murió a los 27 días de haber sido nombrado).